

El profesor Palacio Atard y la historia de Madrid

Manuel ESPADAS BURGOS

En esta apresurada semblanza que del profesor Vicente Palacio Atard estamos realizando en el acto de homenaje que amigos y discípulos hoy le rendimos, me ha correspondido a mí trazar el perfil de su labor historiográfica acerca de Madrid. Un manchego transplantado a Madrid hablando de un vasco también inmigrante en Madrid. Cualquiera de los amigos y discípulos, comenzando por Antonio Fernández —un gallego «madrileñizado»—, que intervenimos en este acto podríamos haber abordado este fecundo capítulo de la obra histórica de Vicente Palacio. Si lo he elegido yo o me ha sido asignado se deba, quizá, a los muchos años que llevo como miembro del Instituto de Estudios Madrileños, del que también el profesor Palacio es numerario. Casi recién terminada la licenciatura, siendo ayudante de la cátedra de Historia Contemporánea de España, fui elegido miembro del Instituto. Mis posibles merecimientos con el tema de Madrid eran un ya remoto artículo, publicado cuando aún estaba en los llamados «cursos comunes» de la Facultad, sobre un periódico satírico aparecido durante el bienio progresista, *El padre Cobos* (1), y un más reciente artículo, fruto de un trabajo dirigido por Vicente Palacio y en colaboración con una buena amiga —aquí presente—, María Ascensión Burgoa, sobre el *Abastecimiento de Madrid en el siglo XVI* (2), publicado con ocasión del cuarto centenario de la capitalidad de la Villa. Porque, en mi caso, fue justamente Vicente Palacio quien me condujo, como a otros tantos discípulos —en esos años de búsqueda de una primera línea de investigación— al tema madrileño. Recuerdo una lejana conversación, en su despacho

(1) M. Espadas Burgos: «El misterio del "Padre Cobos"», en *Revista de Literatura*. VII, págs. 208-215. CSIC. Madrid, 1955.

(2) M. Espadas Burgos y María Ascensión Burgoa; «Abastecimiento de Madrid en el siglo XVI», en el volumen *Madrid en el siglo XVI*. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1961.

de la entonces «Escuela de Historia Moderna» del CSIC, cuando yo le hablaba de mi reciente lectura de algunas páginas de don Claudio Sánchez Albornoz en las que, entre los componentes que históricamente habían forjado a España y a los españoles señalaba, en contraposición al «vivir desviviéndose» de Américo Castro, el «vivir miserable», el hambre que había hecho del habitante de esta península un hombre obligadamente austero, menesteroso en lucha constante contra una tierra y un clima hostiles. Me mostró don Vicente su interés por aquel tema que ya contaba con una creciente dedicación entre los historiadores franceses, dentro de la Escuela de los *Annales*, y me animó a trabajar en Madrid, sobre los fondos, hasta entonces escasamente utilizados del Archivo de la Villa.

Estudiante en la Universidad de Madrid —la «Central» de aquellos años—, tras los cursos de docencia en Valladolid, había vuelto a Madrid y el interés por la historia de Madrid le ganaba. Lo diría en uno de sus múltiples y brillantes prólogos —ese género literario e historiográfico que Vicente Palacio ha cultivado con excelente pluma—, precisamente el que abre el libro de María del Carmen Simón Palmer sobre la enseñanza en el Madrid del pasado siglo (3); tras confesar «cierta preferencia por la historia madrileña», justificaba esa elección «en primer lugar por la ubicación geográfica de nuestra Universidad. También por el rango e importancia que los temas madrileños tienen en el conjunto de la nación; sobre todo, por el valor ejemplar de las experiencias realizadas en este escaparate de España que es Madrid».

En aquella década de los sesenta se formó en el seminario de Historia Contemporánea de la Universidad un pequeño equipo que, con ayuda del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, comenzó a trabajar sobre los fondos del Archivo de la Villa acerca del abastecimiento y de las crisis de subsistencias en el Madrid de los cuatro últimos siglos. Aquel trabajo, dirigido y coordinado por Vicente Palacio, dio lugar a varias monografías y a numerosos artículos. Partieron de allí investigaciones más ambiciosas, convertidas en tesis doctorales —entre las que quiero recordar la de Antonio Fernández (4) y la aún inédita de María Ascensión Burgoa, sólo parcialmente publicada (5)—, y de memorias de licenciatura, que constituyeron una formidable aportación a la historia de la Villa, en cuanto que el análisis de las crisis de subsistencias, el establecimiento de series de producción agrícola y de precios, la fijación de una tipología alimentaria o el estudio de los comportamientos sociales significaron no sólo un considerable avance en el conocimiento del pasado de la Villa de Madrid, sino también en la historia económica y social de la España

(3) María del Carmen Simón Palmer: *La enseñanza privada seglar de grado medio en Madrid (1820-1868)*. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1972.

(4) Antonio Fernández García: *Abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1971.

(5) María Ascensión Burgoa: «Notas para el estudio del abastecimiento de pan a Madrid (1744-1766)», en *Perspectivas de la España contemporánea. Estudios en homenaje al profesor V. Palacio Atard*. Págs. 55-73. Madrid, 1986.

del Antiguo Régimen, junto a unos pasos en el estudio de las mentalidades, línea historiográfica que por entonces se ofrecía entre las que renovaban la investigación histórica.

Creo que ningún equipo, hasta el momento, ha dedicado, en el campo de la investigación española, más atención y más páginas a este capítulo de la historia de Madrid. Personalmente, el profesor Palacio contribuiría con los siguientes títulos: *El abastecimiento de Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII* (Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1966); *Abastecimiento de Madrid hacia 1800*, presentado como ponencia en el coloquio de *Histoire des Villes*, organizado por la Universidad de Niza y publicado en «Annales de la Faculté de Lettres et Sciences Humaines» (Nice, octubre-diciembre 1969); incluiría luego un interesante capítulo —*Notas acerca de la alimentación*— en el libro, galardonado ese año con el Premio Nacional de Literatura, *Los españoles de la Ilustración* (Madrid, Guadarrama, 1964); siguieron *Algo más sobre el abastecimiento de Madrid en el siglo XVIII* («Anales del Instituto de Estudios Madrileños», VI, 1970) y dos prólogos, dedicado uno a la tesis doctoral de Antonio Fernández, *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II* y el que presenta una serie de monografías recogidas bajo el título *Estudios sobre la revolución liberal (1808-1848)*, una de las cuales, de la que soy autor, se dedica al *Abasto y hábitos alimentarios en el Madrid de Fernando VII* (6). En el primero de los citados prólogos, al cuestionarse la oportunidad de este tema de investigación, afirmaba Palacio: «En efecto, la proyección social de la alimentación nos lleva a conocer con cierta aproximación las dimensiones de unos problemas en los que se inscriben las carestías, las crisis periódicas de subsistencias y también las hambres endémicas y los estados deficitarios de alimentación debidos, por un lado, a defectos estructurales del abastecimiento de géneros comestibles y, de otro, a la mentalidad o a las ideas sobre alimentación de épocas pasadas, carentes en absoluto de los criterios de una dietética normal».

Desarrollado en otros países —con especial arraigo en la historiografía francesa de aquellos años—, el cultivo de este tipo de investigación en España arrancaba el tema de la historia de la alimentación del dominio de la erudición provinciana y del nivel del anecdotario histórico; el estudio de esa parcela de la *vida material* —la que Braudel definiera como «los hombres y las cosas; las cosas y los hombres»— iluminaba, en sus resultados, otras áreas sociales contiguas o cercanas. Pocas parcelas de la observación histórica como ésta para ver al hombre como ser colectivo, como grupo social. El hombre ha condicionado la vida política y ciudadana, el aplauso al poder o las revueltas populares. El tipo de alimentación ha configurado un tipo de invidio, unos rangos sociales, unos comportamientos colectivos, unos niveles culturales y hasta un talante religioso (7). Se podría recordar aquel refrán alemán

(6) *Estudios sobre la revolución liberal (1808-1868)*, «Cuadernos de Historia». Anejos de la revista *Hispania*. IV. CSIC. Madrid, 1974.

(7) Cfr. Manuel Espadas Burgos: «Aspectos sociorreligiosos de la alimentación española», en *Hispania*. XXXV, 131, págs. 537-565. 1975.

que, hipertrofiando el valor de la comida —tanto el cuantitativo como el cualitativo— en la vida de los hombres, decía que *Der Mensch ist was er isst*, el hombre es lo que come.

Gran conocedor del siglo XIX, Madrid, como escenario de acontecimientos clave de la centuria y caja de resonancia de la vida española, ha vuelto en numerosas ocasiones a la atención y a la pluma de Vicente Palacio. En 1982 presentaba, en el curso de uno de los ciclos organizado por el Instituto de Estudios Madrileños en colaboración con el Ayuntamiento de Madrid, una magnífica conferencia titulada *Sombras y luces en Madrid hacia 1850* (8), en la que tomaba como punto de referencia los cuadros de costumbres o «cuadros sociales» de Antonio Flores (9), pese a que fuera aquella obra, de innegable éxito en aquellos días, una aportación de un costumbrista bastante mediocre, cuyo renombre y acogida social hubieran podido estar explicados por la protección que le otorgó el rey consorte don Francisco de Asís.

A partir de esas páginas de Antonio Flores consigue Palacio una precisa semblanza del Madrid romántico, el de la burguesía en auge —*les bourgeois conquerants*— nacidos en la desamortización y crecidos en la actividad bursátil o en los negocios de la especulación inmobiliaria. Es el Madrid de las luces, desde la luz de gas que comienza a alumbrar la vida madrileña, gracias a una empresa que pronto cae en manos del Crédito Inmobiliario Español —filial del *Crédit Mobiliaire* de los hermanos Pereire— hasta las luces de las reformas pedagógicas y de los esfuerzos por elevar el nivel de la enseñanza, desde la primaria a la universitaria.

Analiza Palacio en aquellas páginas los tres grandes problemas del Madrid de mediados del XIX: el problema del ensanche, cuando aún la Villa está encorsetada en el antiguo recinto de las 700 hectáreas, cuando las casas «tenían más pisos que ventanas» y los habitantes se agolpaban en cuartos donde «están las personas empaquetadas», como ya había denunciado Larra veinte años atrás; el problema de las comunicaciones de la ciudad, con el espectacular avance que suponía la inauguración del ferrocarril, siquiera fuese en el trayecto Madrid-Aranjuez; el problema del agua, para el que la conjunción de esfuerzos financieros, técnicos y humanos llevaría a la creación del Canal de Isabel II, «probablemente», concluía Palacio, «la obra de carácter público mejor concebida y realizada en el Madrid de 1850». Años más tarde, y precisamente en un ciclo organizado por el Canal de Isabel II, elaboraría Palacio Atard una conferencia, publicada por esa institución en 1981, titulada *La construcción del Canal de Isabel II y la política de su tiempo*.

Dos instituciones como son las Cortes y el Obispado han tenido insertas en la vida madrileña la atención historiográfica de Vicente Palacio. *Las Cortes de Madrid en el siglo XVIII*, aparte de una interesante conferencia pronunciada

(8) V. Palacio Atard: *Sombras y luces de Madrid hacia 1850*. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1982.

(9) Antonio Flores: *La sociedad de 1850*. Alianza. Madrid, 1968.

en el Centro Cultural de la Villa (10), es una cuidada síntesis del tema al que Palacio ya había contribuido, tanto con aportaciones propias como con la dirección de tesis tales como la de Rosario Prieto sobre las Cortes de 1789 (11). Repasaba aquella conferencia las Cortes celebradas en Madrid en 1701, cuando todavía eran Cortes particulares del reino de Castilla; las de 1709, 1712 y 1724, reinando Felipe V y ya con la representación de los otros reinos, excepción hecha de Navarra; las únicas que en Madrid se reunieron durante el reinado de Carlos III, las de 1760 y las de 1789, a la llegada al trono de Carlos IV. Celebraciones que no se traducían en privilegio o ventaja material para la Villa, sino que «más bien», comenta Palacio, «se deducían algunas incomodidades para sus moradores, aunque minimizadas por la poca frecuencia de las convocatorias que tuvieron lugar durante aquella centuria».

Con motivo del centenario de la diócesis de Madrid-Alcalá aportaba el profesor Palacio una trabajada conferencia, publicada por el Seminario Diocesano de Madrid en 1985. Este importante acontecimiento para la vida religiosa del Madrid contemporáneo lo rememoraba también en las jornadas que con el título *Madrid en el siglo XIX* se celebraron en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, organizadas y patrocinadas por la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma de Madrid.

Estamos en el cincuentenario de uno de los acontecimientos más dramáticos de nuestra historia contemporánea, hasta el punto de marcar en ella un hito perfectamente definido: la guerra civil de 1936-1939. Esta conmemoración ha puesto en un primer plano de atención la copiosa bibliografía que sobre aquel período y aquellos hechos han aparecido, dentro y fuera de España. Ya se trata en otro de los textos aquí reunidos de la aportación de Palacio Atard al tema, tanto de forma individual como de forma colectiva, alentando y coordinando el equipo que elaboró esa útil colección que fueron los *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España*. Pero me quiero referir aquí, simplemente, a uno de esos estudios sobre un aspecto de la guerra centrado en Madrid, aquel «rompeolas de todas las Españas» de que hablara Machado. En 1971, en el Salón de Tapices de la Casa de la Villa, tan conocido por todos los miembros del Instituto de Estudios Madrileños como sede de los ciclos de conferencias que patrocinaba el Aula de Cultura del Ayuntamiento, presentaba Vicente Palacio una visión de la batalla de Madrid, tomando como objeto y pretexto el arco de triunfo de la Ciudad Universitaria (12). Monumento singular entre los que se alzan en las calles de Madrid, pues quizá sea el único arco conmemorativo de una batalla que se alce en el propio escenario de la lucha, en el mismo teatro de operaciones. Recuerda hoy ese arco de ingreso a

(10) V. Palacio Atard: *Las Cortes de Madrid en el siglo XVIII*. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1979.

(11) Rosario Prieto: «Las Cortes del Despotismo Ilustrado. Medidas económicas», en *Hispania*. LXII, 150, págs. 91-173. 1982.

(12) V. Palacio: *El Arco de Triunfo de la Ciudad Universitaria*. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1971.

la Ciudad Universitaria a todos los miles de madrileños que no vivieron aquellos dramáticos hechos, pero que quieren conocer su lección para no repetir la experiencia, tanto los difíciles días de la batalla de Madrid, los de comienzos de noviembre de 1936, cuando la capital era el principal objetivo y la guerra comenzaba a acentuar su internacionalización. Cuando el nombre de Madrid resonaba en toda Europa y el humilde río Manzanares protagonizaba, como si de un caudoloso río se tratase, canciones de lucha y de solidaridad con Madrid. Recuerda también el arco los últimos días de la guerra, la caída sin estruendo de la ciudad en 1939, cuando —como escribía Max Aub— «Madrid agonizó sin violencia, como un tísico que acaba por consunción».

Es, sobre todo, ese texto una lección de concordia y una llamada al estudio histórico, es decir, desapasionado y sereno de la guerra. Lección y llamada que subrayaba Palacio con ese recuerdo de una inscripción leída en una de las salas del Ayuntamiento de Hamburgo: *Concordia parvae res crescunt, discordia maxime dilabuntur*; por la concordia crecen las cosas pequeñas; por la discordia se disipan las grandes. Es otra de las lecciones que desde su magisterio de historiador siempre ha querido transmitir Vicente Palacio Atard y que sus discípulos siempre le agradeceremos.